

# LA OPCION

## SOCIAL CRISTIANA DE CHILE

Por JOSE BARBEITO

Las recientes elecciones municipales chilenas parecen llamadas a una singular historia. Sobre todo a una historia cuyos frutos mediatos no son exclusivamente chilenos. ¿Cabría hablar en este caso de una etapa? Quizás. Pero, por lo pronto, al promover a la categoría de primera fuerza política de Chile a una organización de espíritu y proyección tan radicalmente revolucionarios como el **Partido Demócrata Cristiano**, ha creado una opción inesperada pero en modo alguno sorprendente para las exigencias populares de cambio y de justicia social y, consecuentemente, para la democracia americana. Entre el idealismo liberal esencialmente orientado a la conservación de las fórmulas inoperantes del "status" actual y el materialismo leninista que totaliza la injusticia de esas fórmulas, la democracia cristiana chilena ha venido reclamando desde su fundación, con una tenacidad y un énfasis ejemplares, la validez inmediata de una tercera posición: una síntesis eficaz que, con un escrupuloso respeto por la libre determinación de la persona humana puesta en juego, realice una profunda modificación de las estructuras socio-económicas vigentes y garantice la verdadera liberación de las clases desposeídas. Pero no había sido hasta ahora que una opción de este género, con todas sus consecuencias prácticas, fuese asumida como propia, en este continente, por las grandes masas populares en respaldo de una organización política llamada a realizarla. Que haya ocurrido así en Chile, y en estos momentos, está preñado de consecuencias.

A partir del supuesto básico inicial de que las actuales estructuras son ineficaces para encontrar solución a las crecientes desigualdades socio-económicas y, consecuentemente, promover una sociedad más equilibrada y justa, la democracia cristiana chilena afirma que América Latina —y en ese contexto, Chile, naturalmente— está urgida de un cambio profundo, radical; y que ese cambio debe ser democrático, es decir, encaminado a conservar y eventualmente aumentar las libertades del hombre enajenadas por un medio hostil. Varias realidades de bulto sustentan la afirmación chilena: la progresiva desproporción entre el aumento de

mográfico y la rata de crecimiento económico (un estacionamiento es aquí equivalente a un retroceso), la crisis permanente de la vivienda y el nivel alarmante de analfabetismo. Una sociedad que después de 150 años aún mantiene en estado de subalimentación a 130 millones de personas, en uno de los continentes potencialmente más ricos de la tierra —vino a decir más o menos Radomiro Tomić en Caracas— es una sociedad sin defensa posible. Esta fidelidad a la verdad objetiva y la decisión de actuar generosamente sobre ella, sin otras limitaciones que el hombre total —sujeto de necesidades y protagonista de un destino sobrenatu-

ral—, así como un vigoroso espíritu de solidaridad con las grandes mayorías indigentes, hacen de esta opción (personalista y comunitaria, decía Mounier, y repiten los demócratas cristianos de Chile) una realidad revolucionaria.

La circunstancia de que estos 452.427 votos (cito cómputos extraoficiales publicados en los diarios de Caracas) se sumen, en cierto modo como una consecuencia, a la creciente influencia del PDC en la clase media profesional y técnica y a sus triunfos últimos en los sectores estudiantil y obrero, que dan a la democracia cristiana el control de la "Unión de Federacio-

nes **Universitarias de Chile**" y dos de los cinco miembros del Comité Ejecutivo de la **"Central Unica de Trabajadores"**, señala además, por encima de las implicaciones meramente electorales, la presencia de un nuevo elemento que debe ser determinante en el afianzamiento y la evolución de la democracia americana: la voluntad de definición política. No es una política de compromiso formal lo que reclama el pueblo chileno —y evidentemente el pueblo latinoamericano, a quien prefigura—, sino una política de objetivos concretos y una estrategia que le corresponda. La decisión ha sido aquí particularmente dramática y es, susceptible de reediciones en otras naciones del continente. Frente a la repetición de viejas fórmulas sin eficacia ni mensaje y el futuro castrista, estos 452.427 chilenos optaron, no por unos hombres más o menos bien intencionados, sino por un programa de gobierno en el cual **"no puede haber ninguna defensa de situaciones pasadas. Pero tampoco hay necesidad alguna de identificarlo con la violencia por la violencia, con la demagogia, con la ausencia de espíritu técnico y científico. Y menos se trata de elevar a un equipo de dirigentes a la categoría de dioses intocables, con derecho de matar o de hacer disparates. ¡Que se entienda bien! Hacemos una revolución democrática y no un Estado totalitario"** (1).

Esta decisión de plantear la cuestión política en términos de revolución responde a una realidad sin alternativas posibles y refiere, con una singular fidelidad, la dimensión en que se proyecta —y parece decidida a continuar proyectándose en el futuro— la democracia cristiana. Convencido de la necesidad y la urgencia de la acción revolucionaria, el PDC chileno ha planeado y obrado de manera permanente en esa dirección.

"¿Es necesaria una revolución en América Latina? Pues hagámosla nosotros, y hagámosla cristiana", parece ser la consi-

na. Es a partir de esta tomada de posición frente a la realidad latinoamericana que cobra verdadero sentido la decisión del PDC de rechazar el compromiso electoral de signo negativo —"una política de cálculos, de lucubraciones sobre alianzas, de atenuaciones a derecha o a izquierda, con vistas a influir en un sector bajo la amenaza de identificarse con el otro"— y confrontar su voluntad de cambios radicales con la voluntad popular, en una valerosa y comprometida exigencia de profundidad política hecha al pueblo chileno. Las elecciones municipales fueron la respuesta a esa confrontación, de la cual Eduardo Frei extrae estas primeras consideraciones: **"Primero, el pueblo está censado de la presente yuxtaposición política. Segundo, el pueblo no quiere un gobierno de derecha. Tercero, el pueblo no quiere un gobierno comunista"** (2).

Al elegir el combate sin aliados el PDC servía también la necesidad revolucionaria de vertebrar una militancia consciente de sí misma, de sus objetivos y de sus métodos, una militancia, en fin, sin la cual todo esfuerzo revolucionario es absolutamente imposible. No se puede perder de vista que los democristianos no actúan solos y aisladamente, sino que están inevitablemente lanzados a contactos con las restantes fuerzas políticas del país, es decir, a un verdadero combate, y que algunas de esas fuerzas —los comunistas, especialmente— aspiran también a la revolución y la preparan. ¿Quién puede predecir hoy cuales serán las condiciones de la acción política y cuáles los términos del acto revolucionario? Para esa eventualidad nada improbable, así como para la práctica pacífica pero audaz de un programa radical realizable a través del pluralismo democrático que constituye la esencia del social cristianismo, se prepara la militancia del PDC chileno. No se trata de obtener efímeros votos, sino de formar militantes cristianos. Y militancia dice a-

quí un compromiso real. Esta previsión crea a su vez una realidad no prevista: el PDC constituye en estos momentos el único equipo social cristiano verdaderamente estructurado en todos los niveles, capaz de responder de modo adecuado y real al reto de estos tiempos difíciles. El crónico subdesarrollo latinoamericano y la subversión soviética no son exigencias que puedan ser superadas con improvisaciones.

Ahora bien, ¿qué posibilidades reales tiene esta falange política? Más allá de sus propios recursos, la mayor fuerza actual del PDC chileno está en la debilidad de sus adversarios. Importantes diferencias separan a los comunistas de sus aliados del FRAP y si no han producido ya una crisis —debida en particular a la acción disolvente del castrismo— se debe, sobre todo, a que, separados, esos partidos desaparecen. Esas diferencias, que van desde lo puramente ideológico hasta una verdadera rivalidad en la lucha por el control de los organismos obreros e inciden necesariamente en el nivel político (todavía los comunistas resienten la nominación del senador socialista Salvador Allende como candidato presidencial del FRAP), deben hacerse críticas como resultado de las últimas elecciones, que han dado a los comunistas un caudal de votación por encima del Partido Socialista. La posibilidad de un triunfo próximo les mantenía unidos; ¿se mantendrá esa unión, en la derrota? Pero la fragilidad del FRAP, que se dió a sí mismo un golpe de muerte con la adhesión irrestricta al régimen de La Habana, es aún más clara cuando se considera que el **Partido Democrático Nacional (PA-DENA)**, en cuyo seno convive una curiosa amalgama de cristianos, nacionalistas y demócratas sin otra denominación, ha venido fundamentando su permanencia en el Frente de Acción Popular con la pretensión de constituir un freno para el extremismo marxista. ¿Se quiere un despropósito mayor? En

los meses que antecedieron inmediatamente a las elecciones municipales, el PADENA tomó parte en conversaciones encaminadas a fundar una coalición con el PDC.

La coalición gubernamental, electoralmente fuerte, como lo demostraron las elecciones municipales, ha sido posible gracias a la personalidad del Presidente Jorge Alessandri. Entre los radicales, que son el partido mayoritario del "Frente Democrático", y sus colegas en el gobierno hay constantes y a veces serias divergencias tanto de orden administrativo como de carácter político y social. El próximo candidato debe ser radical. ¿Satisfaría ese candidato a los electores conservadores y liberales en la misma medida que Alessandri, que excede los marcos partidistas? Parece que no. Sobre todo si se tiene en cuenta que la unidad ideológica no es una característica del Partido Radical, en el cual se oponen una facción de inspiración marxista y otra de origen conservador. El aglutinante presidencial ha mantenido estacionarias esas diferencias, pero la lucha por el poder puede llevarlas a un grado crítico. Y no debe haber la menor duda de que la campaña presidencial actuará de un modo particularmente violento sobre el carácter ideológico de los contendientes, las soluciones propuestas en los programas partidarios a la crítica situación económica y social de Chile y la fidelidad de cada hombre y cada grupo de hombres a esos programas. El programa radical será derechista y debe crear problemas de conciencia a los izquierdistas del partido. Con una opción revolucionaria y democrática como la ofrecida por el PDC, ¿puede confiarse en la unidad formal del "Frente Democrático", de carácter puramente defensivo frente al comunismo y sin mayores lazos de unión que los que se derivan del usufructo precario del poder?

De todos modos, una unión del PDC con la coalición oficialista no parece probable, aun-

que en el pasado los medios gubernamentales auspiciaron ese acuerdo. La derecha radical, que no aceptaría un candidato presidencial social cristiano, se apresuró a rechazar la posibilidad de un entendimiento con el PDC tan pronto los cómputos electorales demostraron que habían perdido la condición de primera fuerza política del país. Es más probable un desprendimiento de la coalición hacia la democracia cristiana que la realización de un acuerdo verdadero entre los dos grupos políticos. Queda el FRAP, convencido de que no puede ganar la Presidencia y que también intentó antes una alianza con el PDC. Exceptuados los comunistas, que no han hecho un misterio de su decisión de estructurar en el Sur un régimen similar al de Fidel Castro y que, en cierto modo, orientaron la política general del FRAP en servicio de los "slogans" internacionales del comunismo y engrosaron las filas gubernamentales con votos democráticos que rechazaban la sumisión a Moscú, hay entre estas fuerzas de izquierda y el PDC interesantes puntos de contacto que pueden haberse fortalecido con la común militancia en la oposición. Un programa mínimo de gobierno podría unir toda la izquierda democrática y hacerla recuperar el bagaje electoral perdido en la alianza con los comunistas. Esta coalición de izquierda ofrecería al pueblo chileno la posibilidad de nuevas soluciones sin el peligro del totalitarismo castrista, siempre presente si los comunistas llegaran al poder o pudieran ejercer en él una influencia determinante. Previendo la posibilidad de estos entendimientos, los comunistas se han lanzado ya a una campaña de difamación contra el PDC, encaminada a hacerlo aparecer como dependiente de los intereses norteamericanos; el propósito rojo es enconar de tal modo las relaciones entre el PDC y el FRAP que toda negociación sea imposible. Acción enteramente lógica, porque la oposición a un gobierno de izquierda exi-

giría una reconversión total de los planes comunistas en Chile e, incluso, un replanteo de las formas de lucha. Esto, evidentemente, no es fácil. La izquierda democrática es siempre más peligrosa para los comunistas que la derecha.

Queda, por último, la posibilidad de que el PDC se mantenga solo en la contienda. No hay dudas de que no obtendría el triunfo y que daría la Presidencia a los radicales, pero tampoco puede haber dudas de que haría crecer constantemente al Partido y le daría mayor fortaleza militante en la base. Un gran sector de la democracia cristiana chilena se orienta en este sentido, pero sin hacer de esta orientación una cuestión de vida o muerte; las circunstancias pueden cambiar mucho de aquí a las elecciones presidenciales. ¿Por qué anticipar un desenlace? Para quienes aspiran a un triunfo rápido, siempre cuestionable, porque las reacciones de los pueblos no son estadísticas; la alianza con un FRAP sin los comunistas aparece como la solución ideal. En orden a la moral cristiana esta alianza sería enteramente legítima, y no haría sino reeditar en Chile pactos similares del social cristianismo en otros lugares del mundo. La "apertura a la izquierda" de Fanfani sería aquí un ejemplo inmediato. Pero una solución ideal hoy puede no serlo tanto dentro de dos meses; el compromiso de hoy puede ser el obstáculo de mañana. La democracia cristiana de Chile, que con las elecciones municipales se ha ganado el derecho incuestionable de imponer un candidato presidencial en cualquier alianza, no tiene verdaderamente más que una responsabilidad: mantener abierta la opción revolucionaria aceptada masivamente por más de 450 mil chilenos.

(1) Revista "Política y Espíritu" de Santiago de Chile. Julio de 1962.

(2) Revista "Time" (Sección "The Hemisphere") de fecha abril 19 de 1963.